

MARCOS SASTRE: EL TEMPE ARGENTINO

Tiene antiguo linaje poético el río Paraná. Desde los primeros cronistas y para el caso el más importante, Barco Centenera, hasta los días que vivimos ha inspirado poesía, novela y drama.

Por natural predilección descriptiva, el romanticismo halló pronto el camino de nuestros ríos. Echeverría que vivió junto al Uruguay y dejó la nostalgia del río en la poesía de "Los Consuelos" estimuló el sentimiento en los compañeros de su generación. J. María Gutiérrez en una nota a La Diamela dejó un pequeño cuadro amable y colorido del río y las islas. Alberdi dejó sus "Impresiones de un viaje al Paraná" donde no falta la exaltación tan cercana a sus memorias de Tucumán. Sastre con una predilección nativa por la naturaleza, que en él fue vocación desde la infancia, sintió pronto la belleza del río y el delta. "El Tempe argentino" no es obra concebida y realizada de una sola intención. La unidad actual es fruto de sucesivas elaboraciones y agregaciones, por lo menos hasta la quinta edición, que es de 1881. Confrontando las tiradas sucesivas a partir de la primera que es de 1858 y se incluyó en la serie de la Biblioteca Americana dirigida por Alejandro Magariños Cervantes, se alcanza una visión clara del proceso a que el autor sometió la concepción primera. Ello no basta sin embargo para integrar el cuadro desde el origen. "El Tempe argentino" fue suma de artículos concebidos con cierta independencia, una serie de monografías que en buena parte se conocieron antes publicadas en el "Nacional" y en "La Gaceta" de Buenos Aires y que fueron natural-

mente juzgadas por la crítica contemporánea. De esas publicaciones parciales se hace eco el citado Magariños Cervantes en el prólogo que puso a la primera edición. Allí leemos:

“...como ha dicho el “Nacional” al publicar algunos fragmentos de ella, revela verdaderamente al hombre que ha consagrado sus mejores días al estudio de las letras...”

Y luego:

“Así fue que las “Impresiones” del señor Sastre en las islas del Paraná, que aparecieron en “Ilustración Argentina” en 1854, si bien agradaron a todos, no fueron recibidas sino como las efusiones de un corazón sensible y las idealizaciones de una imaginación poética.”

Más adelante refiriéndose al capítulo dedicado al “camuati” expresa:

“Esta interesante monografía salió a luz por primera vez en la Gaceta de Buenos Aires, el año 1846”.

El material de la primera edición se distribuye como sigue:

1. Prólogo de A. Magariños Cervantes.
2. Biografía de Marcos Sastre por el mismo.
3. Texto (desde página 29) distribuido en diecisiete capítulos numerados con números romanos en el texto. Faltan los números en el índice. El último, *Geoponia*, está dividido en cinco partes también numeradas y con títulos: Drenaje - Desmonte - Labor - Arboles - Abono - Epílogo.
4. Apéndice. Tratados sobre: El Paraná - Delta del Paraná - El papel del Camuati - La Flor de la pasión. El Mburucuyá (Flor de la pasión) poesía por A. Magariños Cervantes.
b) El ombú. Versos de: B. Mitre y Domínguez.
5. Consejos de oro sobre la educación.
6. Aurelio Berro - Nota y poesías.

7. Carta a J. M. Gutiérrez (de M. Cervantes).
8. Nota sobre las novelas de M. Cané, padre: Esther y la familia Sconer.
9. Índice.

En la cubierta del libro (pequeño volumen en octavo impreso en papel de diario), se lee:

TEMPE ARGENTINO/ IMPRESIONES Y CUADROS DEL PARANA/ por Marcos Sastre/ Tomo Unico/ Buenos Aires/ Imprenta de Mayo/ Representantes 128/ 1858.

La primera página de la misma edición repite: "Tempe Argentino" y el texto está precedido de un epígrafe que en algunas ediciones posteriores ha desaparecido. Dice textualmente:

"¿Qué es la República Argentina?/ ¿Qué es esa tierra de leche y miel, con sus pampas llenas de ganados y sus selvas llenas de abejas?/ Parish, Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata"/ I.

La quinta edición que es de 1880, tiene distinto material y una distribución nueva. Una nota de la cubierta nos dice de esta "quinta edición, aumentada por el autor y enriquecida con nuevos datos..."). El texto, constituido ahora por treinta capítulos numerados dentro y en el índice, conserva en el último el título: *Geoponía* y la división en las cinco partes citadas. Se conserva igual, el epílogo. Las notas que siguen están precedidas de una letra mayúscula (de A a LL). Algunas interesan: La nota E. constituye un trabajo de J. M. Gutiérrez sobre los cultivos en el Delta. La G. otra nota de Gutiérrez, trata de la lengua guaraní. La nota H: "La bella Sulamita" desarrolla alusiones bíblicas contenidas en el texto. El punto I. contiene poesías de J. M. Cervantes. Un *Apéndice* trae notas de Sarmiento (1865) y Pellegrini sobre el Delta. Otra nota pintoresca se refiere a la domesticación del carpincho.

Una edición, la siguiente que es de 1881, dice en el título:

“EL TEMPE ARGENTINO/ o/ delta de los ríos Uruguay/ Paraguay y Plata/ con la biografía del autor/ discurso preliminar/ por el Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes/ seguido de los consejos de oro sobre la educación (2 tomos). Imprenta Ostwald. Buenos Aires. 1881.

Interesa una traducción al francés del libro:

“Le tempé argentine/ traduit en français/ por Mme. V. Caillet Bois/ Corriere de la Plata/ Bs. As. 1889.

Nacido en 1808 en Montevideo, Marcos Sastre vivió desde niño en Santa Fe y en Córdoba cuando la situación de la familia se hizo peligrosa en Montevideo. El padre aunque español, era lo mismo que la madre, un convencido propagador de ideas liberales de independencia. Sastre heredó esa efusión patriótica y un rígido concepto del deber. Toda su obra transpira alma en función rectora. Un fervoroso entusiasmo lo lleva a la educación y la historia pedagógica argentina le debe el primer impulso serio y la visión de un futuro mejor. La acción propedéutica de su literatura, cede pocas veces al fuego desinteresado y aunque romántico por la sensibilidad, es un clásico por el frenado impulso de sus pasiones y la heroica contención de todos sus actos. Unas páginas que se hallan en los “Apuntes sobre J. M. Gutiérrez” de Urien, lo retratan en rasgos significativos de equilibrio y pudoroso recato:

“Con los años, don Marcos Sastre, había adelgazado mucho, pero no obstante el peso de los mismos, llamaba la atención aquel anciano de pelo blanquísimo cuya calva dejaba lucir el brillo exterior de la bóveda craneana y que, un tanto nervioso, andaba siempre de prisa y sujetándose los pantalones con las manos a la cintura, como si temiese fueran en un descuido, a caerseles...”. “Era —dice— un espíritu elegante y fino como un ateniense”.

(Véase G. Arrili, Retratos a pluma, 1937).



Marcos Sastre

Era un hombre de valor probado. Cuando sintió el peligro de los avances rosistas fue el primero quizás en estimular los movimientos de resistencia. Se conserva una carta a Echeverría, instándole a ponerse al frente de la juventud. Aunque en gran parte, la carta no revela sino un propósito de favorecer ideales de cultura, algunos signos nos indican que se trata de otra cosa. Lo dice asimismo esta afirmación grave que lo responsabiliza ante su amigo:

“Yo estoy dispuesto a cumplir con lo que he propuesto a Ud. desde el mes entrante; y creo que Ud. no tendrá más obstáculos que la duda sobre el buen éxito de la empresa, y tal vez la duda sobre mi discreción...”

Y más adelante:

“¿Qué más puedo hacer que obligarme con el más sagrado juramento? Si Ud. conociese mi corazón, todo sería decir y hacer. Pero el tiempo le hará ver a Ud. que en ningún pecho puede haber más ardiente amor a la ciencia y a la patria, que en el mío”.

Le habla del silencio como “del más seguro garante del buen resultado” y propone el “secreto”, para cerrar la carta con estas palabras: “Por lo que a mí toca, jamás se me ha tachado de indiscreto”.

Como sabemos, Rozas clausuró el Salón Literario y el grupo se constituye en la Asociación de Mayo, núcleo carbonario que actuará como otra “joven” más: La Joven Argentina. A este aspecto de Marcos Sastre se refiere Palcos cuando escribe: “De la librería de Marcos Sastre, la ‘Joven Argentina’ y con ésta el pensamiento de continuar aquel sagrado despertar de la nacionalidad”.

Sastre fue despojado, perseguido, y su casa destruída cuando se refugia en San Fernando. Santa Fe lo acoge con reconocimiento y le confía de inmediato la dirección de la enseñanza primaria. La “Anagnosia” que publica en 1849 es resultado de observaciones pacientes y de una ferviente pasión

por la niñez escolar. Llega para preceder innúmeras ediciones posteriores y después que ha dado planos topográficos, compendios de historia, reglamentos para colegios primarios y secundarios, nociones prácticas para la “cría de las ovejas y refinamiento de lanas” (1837). Y después de haber escrito y publicado para unos pocos, sus *Cartas a Jenuaria* (1840), testamento y acta de acusación de la tiranía. Siguen, antes de ver la luz “El tempe argentino” (1858) muchos trabajos sobre educación popular, métodos de lectura, tratados de geografía, de ortografía, cuadernos caligráficos, observaciones sobre material y construcciones escolares, planos, mapas, etc., y esos “Consejos de oro sobre la educación” que acompañan a la primera salida de “Tempe argentino” como para afirmar una vez más el desvelo por la educación y por el trabajo, que sella casi todas las páginas de sus “cuadros e impresiones” del Paraná. “El remedio está ahí” — escribió:

“Instrucción primaria a todos, niños y adultos. Cultivar el corazón y la inteligencia del pueblo, enseñarle los rudimentos de la ciencia para exponer ante sus ojos los tesoros de la naturaleza y de la industria... he aquí el único remedio...” (T. Argentino, XIX).

La crítica de “El tempe argentino” destaca esta virtud ejemplarizadora del libro y su condición de “calendario” práctico para el cultivador isleño. Sastre era consciente de estas cualidades del libro y no desdenaba que lo apreciaran así. El mismo en las sucesivas reimpresiones, aparece preocupado por ampliar las posibilidades de aplicación práctica a las labores de la tierra.

Además detestaba la literatura de imaginación. Su discurso en el salón literario el día de la inauguración, no deja lugar a dudas. El hombre que hemos mostrado en síntesis de equilibrio y mesura, pierde los estribos cuando piensa en las novelas y su pernicioso efecto sobre la juventud. Son fruto de una “invasión bárbara”, “vandalismo que arrebata las huestes del progreso humano”, que “pervierte mil corazones puros”,

“porque sacar —continúa— a la pública luz de las pasiones más vergonzosas, los extravíos más secretos de un corazón corrompido, la crónica escandalosa de las costumbres, pican sobremanera la curiosidad de los jóvenes, halagan sus pasiones, las aleccionan para la intriga y la seducción...”

De distinta manera —como se puede comprobar— veía el autor de *Facundo* esta “invasión” de novelas. A falta de otro material más efectivo, las novelas eran para él un refugio seguro contra los males del mundo y un estímulo eficaz para aprender y ejercitar la lectura. Alguna vez, en el transcurso del libro que estudiamos, Sastre se refiere a la novela. Es cuando habla del canto “de una avecita” cuyo extraño lenguaje resulta muchas veces al hombre, más interesante que las “narraciones y pinturas hechiceras del novelista y el poeta!” (c. XII, p. 149, ed. 1943). En efecto, Sastre habla con admiración de sus poetas preferidos y entre ellos, de los más cercanos gozadores de la naturaleza: a Chateaubriand y a Lamartine de los cuales suele transcribir párrafos enteros. Su libro además, por mucho que intente ser una pintura fiel de la realidad por él observada, no puede dejar de traslucir el alma con que se miran los objetos vivos del universo. Es obra de un imaginativo, de un sensible al color y a la música, a las vibraciones de la luz. Sin esta hiperestesia sensitiva el libro hubiera envejecido totalmente. Lo que de él permanece es esa típica efusión, única entre los hombres de su tiempo. Así se explica también que ya entonces y antes de aparecer el libro se hablara de sus cuadros como de frutos extraños, “efusiones de un corazón sensible e idealizaciones de una imaginación poética”, como dijimos al comenzar este estudio, repitiendo a M. Cervantes.

Los propósitos declarados:

“Si se emplearan el arte y el trabajo, serían incalculables los beneficios del cultivo de más de cuatro mil leguas cuadradas, abonadas periódicamente por sus aguas” (I).

Sastre quiere impulsar —y su prédica dará frutos— el interés del habitante argentino hacia las islas. Lo ve entregado al duro trabajo de la tierra pampeana y sufre por abrir los ojos a una realidad que como un paraíso terrenal rinde más de lo esperado, sin esfuerzo. El “Comercio del Plata” al aparecer el libro se hacía eco del agradecimiento que sin duda los “naturalistas” iban a prodigar a su autor “por las nociones peregrinas y prolijas que ese estudio suministra sobre aves y cuadrúpedos...”. Y Joaquín Requena, el amigo uruguayo le escribe:

“Mi reconocimiento por este nuevo e importante servicio que haces a las ciencias...”

Otros no dejaban de ver que el libro escapaba hacia los campos de la poesía por virtud de esa ávida sensibilidad estética que ya señalamos. J. M. Gutiérrez le escribió comparando sus páginas a las de Bernardino de Saint-Pierre. Páginas, le decía, “que interesan a la sensibilidad y sirven a la ciencia sin el aparato repulsivo de los términos y fórmulas técnicas”.

Pero cuando decimos que Sastre pensaba en resultados prácticos al transmitir impresiones del Delta, no decimos todo. Lo práctico era también en él, lo que tenía que ver con la formación espiritual, a la que atribuía enorme importancia, hasta supeditarle la propia vida para hacerla eficaz en cuantos conocía. Y a este fin servía, según la propia experiencia, la vida en la naturaleza, el acercamiento al ser pequeño, el contacto con la belleza de la flor y el canto de los pájaros. Había en él, por cierto, una aspiración a la paz universal, un deseo de tranquila posesión lugareña.

“Y después de los combates de la adversidad —escribía— y de los desengaños de la vida, es todavía la paz y el solaz de una mansión campestre, la última aspiración del corazón humano...” (I.)

Su invocación al Paraná, vale por la semejante de Lavardén:

“Paraná delicioso ¡Tú me ofreces si no imágenes risueñas, impresiones placenteras, sublimes inspiraciones... allí, allí, es donde se encuentra aquel Edén perdido, aquellos dorados días que el alma anhela!”.

Este sentimiento de la tierra no se había expresado con un fervor tan hondo hasta él ni se expresaría después hasta encontrarnos con Hudson a quien debemos acercarlo más de una vez, como veremos. Estaba además en las prescripciones y en el sentir romántico, el reconocimiento del contorno vivo, el trozo de propia experiencia sensible, y la expresión literaria procuraba, impulsada aquí por los esfuerzos primeros de Echeverría, la canalización de esas intenciones.

“Todo el que tenga un corazón sensible y tierno, lo sentirá —escribe Sastre— inundado de las más gratas emociones, al surcar sus plácidas corrientes...” (I).

En la vida de Sastre el río constituye una constante emocional, un confidente fiel, un testigo de sus días de infancia, de la juventud y de la madurez. El mismo lo dice y por esta inserción frecuente de lo actual y lo recordado, el libro se constituye en una deliciosa autobiografía del tipo que hallamos en Hudson para el cual los propios recuerdos son los seres vivos, flores y pájaros, que evoca con emoción y nitidez.

“En mi infancia —escribe Sastre— arrancado por primera vez de los muros de la ciudad natal, me hallé un día absorto y alborozado, en aquel sitio encantador. Más tarde, en la edad de las ilusiones, lo visité impelido por los placenteros recuerdos de la niñez y creí haber hallado el edén de mis ensueños de oro; y hoy, en la tarde de la vida, cuando la innoble rivalidad ha obscurecido la aureola de mis esperanzas, lo he vuelto a visitar con indecible placer...” (Cap. I).

Estos contenidos líricos del libro testimonian la fruición con que, sentidos y aconteceres del espíritu, actos y estímulos de la contemplación apasionada se fusionaban en el alma de

Sastre. Explican también esa nota de nostalgia y penumbra subjetiva que el crítico de “El Comercio del Plata”, creyó descubrir cuando habló de

“un tono indefinible de tristeza que por contraste realza el entusiasmo con que saluda los inestimables beneficios del cielo sobre comarcas reservadas para la ventura, la inocencia, y el reposo”.

Sin embargo “El tempe argentino” traduce abundantemente una regocijada gloria de vivir. Todas sus páginas exaltan el triunfo de la naturaleza y al modo de Thoreau ejemplifican sin proponérselo la victoria del vivir sin ataduras de civilización menoscabadora. Como maestro, tenía fe en la constante progresión del espíritu por la cultura pero “El tempe argentino” propone una solución diversa, si bien no tan antagónica como en Rousseau, o en el mismo Thoreau. Sastre habló de las amplias y claras ciudades argentinas comparándolas con las grises, altas y cerradas ciudades de Europa. Su mirada se detenía en la época...

Estructura y distribución de materias

Hay puede considerarse constituido por 34 capítulos, cada uno con su título correspondiente. El último dividido, como en la primera edición, en cinco partes referentes a las labores rurales: especie de “Geórgicas” ... El apéndice reúne hasta diez notas de contenido diverso: el señalado ya en la edición de 1880: ampliación sobre nociones referentes a cultivos, curiosidades científicas, poesías, perspectivas de explotación de las islas.

Los elementos pueden distribuirse aunque dentro de cierta elasticidad en el plan, según lo siguiente:

- a) Desde el I al IV (el primero lleva como subtítulo “Introducción”), una exposición sobre el delta, consideradas su ubicación geográfica,

su formación geológica y la conformación particular de sus islas y riachos.

- b) El cap. V y VI, una vez estudiadas, como en el Facundo las condiciones de ambiente, nos dan el habitante de la isla en sus hábitos y su vivienda. Sastre no ensaya como intenta Alberdi a propósito de los habitantes de Tucumán, una tipología del hombre, aquí naturalmente difícil por lo incipiente del existir isleño. Al finalizar el siglo, una caracterización en “hombres de tierras bajas” y de “tierras altas” se hallará en Alvarez, a propósito de Entre Ríos. La novela actual calará hasta cierta hondura en este terreno.
- c) El capítulo VII bajo el título de animales útiles reúne un material integrado por aves y cuadrúpedos domésticos. Así nos introduce de inmediato en el estudio de las aves del Delta hasta el capítulo XII inclusive.
- d) Con el estudio sobre el carpincho (c. XIII) inicia a través de tres partes, la exposición sobre la fauna superior del delta: tigres, yagaretés, ocelote, etc.
- e) Un solo capítulo se dedica a los peces y tortugas.
- f) Desde el XVII (trabajo sobre el camuati) hasta el XXII se estudian los insectos.
- g) Después (cap. XXIII hasta XXX, flores y árboles.
- h) De interés literario son desde el título, los capítulos siguientes: *La caída de la tarde* (c. 31); y *La noche en las islas* (c. 32).
- i) El tempe de la Grecia propone un paralelo de éste con el del Paraná, del que el nuestro triunfa.
- j) GEOPONIA (o Agricultura del Delta) se llama el último. Ya se ha analizado, lo mismo que el apéndice.

Un estudio ordenado del libro, podría distinguir aunque sólo para servir a un fin expositivo y de intención analítica, los siguientes aspectos:

1. El documental científico. (experiencias y estimaciones derivadas del estudio realizado sobre autoridades).
2. El didáctico-moral: Se ha dicho ya que Sastre observa y transmite sus observaciones acentuando fines de preceptiva e información.
3. Los ingredientes de proyección literaria: Lo descriptivo-estético.
4. Confluencias e interferencias: lo científico, lo didáctico-moral y los actos desinteresados o de tono contemplativo, en fusión o ensamblamiento.

1. *El documental científico.* Marcos Sastre se enorgullece de haber aportado algún conocimiento a la ciencia natural argentina. El lector puede discernir aunque no del todo como para deslindar exactamente el campo de sus aportes y los de otras fuentes, cuál es el aporte de Sastre al conocimiento de nuestra naturaleza. A veces disiente con las conclusiones de sabios europeos y entonces vemos lo propio, lo alcanzado por él en la observación paciente. No sólo allí. En la adhesión que presta a la ciencia escrita también hay una refirmación del propio criterio. Muchas veces anota variantes, pesa opiniones contrarias, disiente o las hace triunfar sobre las anteriores o las más avanzadas. El estudio que hace del olfato en las aves de presa, en la mansedumbre del tigre, en la luz de las luciérnagas, en la domesticación del chajá, en los hábitos de convivencia que manifiesta el colibrí, no son únicos pero pueden ponerse sin desmedro junto a los de Hudson o Buffon. Y las experiencias le pertenecen, es decir, los hallazgos de Sastre no por reconocibles en otros, dejan de pertenecerle. Como todo lo que uno mismo descubre, lo de Sastre es propiedad de los instrumentos que él mismo va aprendiendo a manejar cada día con más destreza. En esta destreza entra con mucho, esa imponderable cualidad que lo hace un igual con los seres pequeños, de modo que el colibrí, el chajá y el gorrión pueden bajar confiadamente hasta sus manos y permanecer sin mie-

do con él. Muchos casos de extraño compañerismo nos documenta Sastre.

Antes de seguir digamos ya el nombre de autores que le han servido en sus estudios. Como bibliófilo apasionado, Sastre reunió cuanto pudo a lo largo de su existencia, sobre el mundo natural. Sus fuentes son las frecuentes de consulta, entonces. Ha estudiado naturalmente a Azara (cfr. c. III), Centenera (id.), Bompland, Buffon (VIII), D'Orvigny, Lindley, Sparman. Ha de alcanzar la ciencia de Fabre y Michelet, al que se le comparará. (cfr. crítica en el prólogo a J. Magariños Cervantes). Lacepede le sirve para hallar ejemplos de aplicación industrial a la pesca en los ríos y el aire; Lafitean ("Moeurs de sauvages américains") para marcar paralelos entre el vivir de los indios del Amazonas y del Paraná. Y hallará en Aimé-Martin la frase que justifica y explica su pasión de ciencia y de belleza: "Todo lo que nos conmueve es lo bello" (XXIV).

La ciencia de Sastre como la de Buffon, Fabre, Hudson o Michelet participa de la observación y la contemplación. Hay momentos de acentuación científica que determinan el apunte connotador. Otro lado, de ese mismo instante, un breve viraje en pocos grados, da la actitud de simple entrega al objeto cuyo resultado es el silencio o la interjección. El recuerdo reconstruye el instante: el fruto es la rara fusión cuyo origen está en el estímulo estético pero que alcanza por intuición dirigida a la esfera intelectual, esa nota de exacta delimitación objetiva. En Sastre se dan instantes de exaltación, momentos de serena curiosidad y estados intermedios, los más: la frase refleja el avance sostenido por una curiosidad emocionada y vigilante que no se satisface y deja siempre abierta la posibilidad de volver al objeto para sentirlo mejor. Las condiciones más desfavorables no impiden al naturalista acercarse a su objeto: la repugnante presencia de la madreja, su pelo recio, opaco y sucio, su hocico agudo, su cola de víbora ni el fétido olor de zorrino son inconvenientes: "Todo eso se podría soportar —escribe Sastre— con tal de poder estudiar

observando de cerca ese raro modo de amamantar los hijos, de llevarlos consigo y se puede decir, de educarlos" (XIV). Este capítulo igual que el destinado al camuatí (ambos) y el estudio sobre el colibrí y el mburucuyá, son ejemplos de ese mirar fervoroso y contemplativo, asombrado.

¿Cómo veía Sastre a la Naturaleza?. Leamos:

"He aquí un ser completamente desvalido (la tortuga). Abandonado por sus propios padres desde antes de nacer, inerme y estólido, parece destinado a perecer prematuramente. Pero no. La Providencia suple por todo para con él; desde su misteriosa incubación, confiada a la acción solar, lo provee ya de una casa ambulante, que le sirve también de fuerte coraza para su defensa; lo hizo apto para vivir en la tierra y en el agua; le acordó larga vida y lo dotó además de una vitalidad extraordinaria... y finalmente, sin participar de los placeres de la maternidad, tiene en compensación los de otro goce más vivo, aunque sensual, de una duración sin ejemplo entre los demás seres que se unen por el instinto de la propagación..." (XVI, 167).

Este constante observador cuenta con la amistad de los seres cuyo conocimiento quiere transmitirnos: son su instrumento más fiel. Leemos al terminar el capítulo XVI:

"Muchas veces, cuando he visto al camuatí, afanado en errancar las fibras de un tronco seco para preparar su pasta, lo he tocado impunemente con el dedo, sin que por eso abandonase su tarea; un tenue estremecimiento del insecto manifestaba no sé si su temor o su contento, pero su ira no, seguramente; Y estos son los animales odiados y temidos por perversos!" (p. 175).

Sastre culpa al hombre de ceguera frente a la naturaleza, de torpeza en la explotación inicua de sus fuentes, en la destrucción de las especies animales. El libro atestigua una admiración constante por la sabiduría divina y por la belleza de las formas. En la admiración del ciervo se funde el sentimiento

estético con el fervor religioso... Lo mismo que los árboles, el ciervo parece destinado a

“hermosear y dar vida a la soledad de las selvas”
(XIV, 142).

El hombre será aunque su orgullo no le permita verlo, un discípulo de la naturaleza. Cuando estudia el camuatí, su prodigiosa organización, su organizada existencia “civil”, se pregunta Sastre:

“¿Y qué tiene que enseñar el hombre a la avispa del camuatí? ¿No tiene, más bien, mucho que aprender de su maravillosa industria, de su laboriosidad, de su economía social, de sus costumbres?” (c. XVII, 187).

El capítulo dedicado al estudio de la “avispa solitaria” es importante para ampliar nuestras ideas sobre la ciencia de observación y sobre el pensamiento de Sastre en cuanto se refiere al hombre en relación con la naturaleza. Estas páginas del capítulo XX, escritas sin otro propósito que el de informarnos, tienen la frescura y la espontaneidad teñida de ágil ironía, que es propio de los buenos momentos del libro. De nuevo aquí nos hallamos ante la necesidad de reconocer con Sastre que toda la ciencia que el hombre pueda observar no bastaría para cumplir con las funciones que en la avispa se cumplen por pura virtud instintiva.

“¿Llegará el hombre a las conclusiones del insecto —se pregunta Sastre— sin pasar primero por las vacilaciones de la duda y por mil experiencias infructuosas?” (c. e. p. 212).

He dicho que Sastre sentía la satisfacción de mostrar por primera vez al argentino, los secretos de muchos pájaros, flores y animales salvajes. Esa justa comprensión de la tarea que cumplía, tiene siempre el sello de la probidad más sincera. Sastre se contiene dentro de los límites de sus comprobaciones. Lo no observado queda como conjetura o como atisbo, nunca como

dato científico. Por ello, al terminar el capítulo XXII nos dice con modestia y buena fe:

“No conozco la mariposa ni he observado la historia de la “oruga de esquite”; pero tengo por cierto que tan peregrino insecto es indígena de este país, que sólo vive en el arrayán y que ésta es la primera noticia que se publica de su existencia”. (c. c. p. 225).

Guillermo Enrique Hudson en “A Naturalist in La Plata” (El naturalista en el Plata) expuso largamente sus conclusiones sobre las luciérnagas, nuestro “bichito de luz”. (C. XXII). Hudson expone las teorías que desde antiguo han querido explicar la luz en estos insectos, apuntando la propia explicación que no cree la más acertada:

“Es probable —dice— que le agrade emitir repentinas luces durante sus pasatiempos nocturnos...”.

Los cocuyos de Marcos Sastre sorprenden por la intensidad de su luz. El ha observado que

“cuando el insecto duerme o se ve molestado, apaga o cubre sus luces con una membrana opaca o por otro medio desconocido” (c. XIX, p. 206).

El lector puede confrontar las páginas de los dos naturalistas. La de Hudson supera con mucho en atisbos científicos y en estímulos estéticos a la de nuestro estudioso de la fauna en el delta, pero debe hacerse notar que éstas no son las mejores páginas de Marcos Sastre.

Hay un capítulo, el que lleva como título “Animales útiles” (VII) que testimonia una vez más la pasión de naturaleza que había en Sastre, la convicción de un orden que el hombre parece obstinado en quebrar y el diario descubrimiento de lo maravilloso en cada ser viviente. El hombre pretende el derecho de corregir la obra de Dios. “Hemos de su antigua grandeza” llama Sastre a esta petulante actitud que siempre se

vuelve contra él mismo. Así obra contra muchas especies cuya misión parece no ser otra que la de limpiar de inmundicias el suelo que el hombre habita. La expresión de Sastre quiere en lo posible ceñirse a la idea ingenua pero no trivial que hace de estas aves, pobladores de las ciudades, con tanto derecho como los hombres.

“En Lima los llaman “ciudadanos” —escribe— como que se hombrean con la gente que nunca incomoda a estos empleados civiles, aunque despidan un olor poco agradable y a veces alguno de ellos perturbe el orden público, armando camorra con algún perro por disputarse un hueso”. (e. c. p. 96).

Había alcanzado Sastre un medio claro y preciso para exponer sus observaciones. Más adelante estudiaremos su estilo, pero aquí es necesario señalar la concisa claridad de sus dibujos, la gracia sin alambicamientos de sus descripciones animales. Muy sensible al color y a los matices de la luz, Sastre, lo mismo que Hudson, retiene con puntual exactitud la tonalidad dominante y las vibraciones particulares que el color muestra en cada especie. Del mamboretá nos dice que es de “un verde mate descolorido” aunque “los hay atabacados”. Las formas no ofrecen tropiezos al dibujo del naturalista. Estos insectos tienen

“corselete muy fuerte, largo y delgado, el vientre grueso, almendrado, blando... su cabeza es libre y voluble, de modo que con facilidad puede mirar hacia atrás sin volver el cuerpo. Sus ojos lisos y únicos, son espaciosos y abultados; sus dos grandes (y únicas alas), transparentes alas, están plegadas como abanicos debajo de dos anchos élitros o cubiertas flexibles” (e. XVIII, p. 193).

Descubre rasgos de vanidad en el mamboretá y nos dice que suele pavonearse

“desplegando sus alas hasta el suelo o imprimiéndoles por intervalos, un sacudimiento que produce un ruido

semejante al de las vibraciones de una hoja de esmalte..." (id., p. 195).

La descripción de los camuatiés es igualmente prolija. Ha observado el trabajo paciente y ordenado de las abejas y como otras veces, señala un rasgo original en el individuo como si se tratara de una persona.

"La avispa del camuati —observa Sastre— como que dispone de materiales abundantísimos, ha consultado más su comodidad que la economía..." (XVII, 182).

2. *El aspecto didáctico-moral.* Algo queda ya expresado en lo que se refiere a la actitud de Sastre frente a la naturaleza y el hombre. Correlativa de su particular visión del universo y el contorno vivo y de sus ideas sobre las posibilidades de la cultura, es la constante preocupación ética que es posible señalar a cada paso en "El tempe argentino".

En primer lugar Sastre se sentía él mismo en condición responsable frente a los hombres. Cumplía su tarea de escritor como un deber hacia ellos: como una misión, un apostolado. Tarea de maestro, en fin.

"Y he recogido algunas palabras simbólicas de salud y de vida, que han reflejado hacia mí, al contemplar este espejo de una sabiduría y poder sobrenatural; y me apresuro a comunicárselas a mis hermanos, porque es un deber tan grato el hacer el bien a sus semejantes y mayor y más dulce todavía, ser útil a nuestros compatriotas" (XVI, 175).

Cuando protesta contra los instintos destructivos del hombre lo guía sin duda un mismo afán preceptivo y corrector. Suele no mostrar mucho optimismo sobre las virtudes morales del ser humano. Sabe que muchas veces es

"injusto, ingrato, duro y caprichoso con el mismo generoso animal a quien no puede corromper con el mal ejemplo de sus violentas pasiones" (VII, 99).

Es natural, pues, que sea en los seres que llamamos inferiores, donde Sastre halle los verdaderos modelos de conducta para el hombre. El tiene mucho que aprender de su laboriosidad, de su gusto por la higiene, de su amor a la familia, como nos prescribe al terminar el estudio que dedica al hornero.

Es al culminar cada capítulo donde más frecuentemente hallamos estas exhortaciones o conclusiones morales. Casi siempre —según se ha dicho— tomando como ejemplo las virtudes de pájaros e insectos. De ellos se extraen

“afectos generosos, virtudes que el hombre siempre envidia y admira y cuyo espectáculo tiene siempre el poder de conmovirlo, aunque no las posea, o pervertido, afecte desconocerlas”. (IX, 114).

El entusiasmo de Sastre nunca toca cuerdas más tensas que cuando se exalta ante las manifestaciones de esa felicidad única que la naturaleza pone en el alma del hombre. No sabe si ese regocijo proviene de que en el espíritu del hombre se fundan en una sola impresión la conformidad con las leyes eternas de la belleza y su aspiración de felicidad. O quizás sea una sensación que proviene de fuentes más inmediatas:

“A los oídos del campesino no hay música más grata que los balidos del rebaño cuyos vellones simbolizan su ventura y su tesoro, o bien, el mugir de los bueyes que van a abrir los surcos para sus mieses”. (XII).

Para Sastre ni el arte de Rafael ni de Ticiano alcanza la belleza del cuadro natural que ofrece el labrador ante las contemplación de una cosecha abundante. Si las imágenes más poéticas para cantar al amor en los versículos de Salomón surgen sencillamente de las cosas naturales, nada prueba mejor, que allí está la fuente de la más clara poesía.

Nuestras esperanzas tienen en una palabra, el color de los campos verdes o en flor, de las parvas doradas, de los ríos

tranquilos, de los cantos jubilosos de las aves en la primavera. Porque en todo hay una promesa de “opimos frutos”.

El concepto o mejor la prescripción de proteger a la naturaleza, sus árboles y sus animales que como hemos visto se eleva en Sastre hasta la exhortación y la protesta, tiene naturalmente el incentivo de orden moral que la apuntala y vivifica. Este ardor se hace ira santa cuando, por ejemplo, observa cómo el hombre trama y realiza la destrucción de la pantera, del chacal o del tigre...

“La destructividad del tigre, de la pantera, de la hiena, del chacal —protesta Sastre— no se ejerce contra los individuos de su especie; mas la del hombre se despliega muchas veces con caracteres espantosos sobre sus semejantes, sobre su propia sangre, sobre sí mismo, pues, es el único ser que tiene la prerrogativa del suicidio” (XIV, 144).

Cree sin embargo Sastre en la perfectibilidad del ser humano. La naturaleza obra primordialmente en ese sentido: En los seres inferiores dotándolos de un sabio instinto y en el hombre de una voluntad que lo hace libre. (XVII, 189).

Pero si la naturaleza provee bienestar y ejemplifica a cada paso un modo de conducta noble, está sobre todo en la sabiduría divina el germen de todo bien para Marcos Sastre. Le gusta repetir palabras de Chateaubriand lo mismo que al protagonista de Jorge Isaacs; y de Lamartine toma sobre todo, aquellas que traducen el más hondo sentimiento de religiosidad y de amor. Ya recordamos las de Aimé-Martin, transcritas por Sastre, en el capítulo XXIV. Aquí también recoge a Lamartine:

“No hay verdad ninguna, moral o política, cuyo germen no se halle en algún versículo del Evangelio... él nos llama hacia la perfección; nos veda desear de la humanidad... nos llama hacia la perfección...” (c. e. p. 238).

3. *Los elementos en proyección literaria: lo descriptivo-*

estético. Sastre ejemplifica como pocos en el Río de la Plata, la fruición romántica apoyada en la naturaleza que trajo el romanticismo. Debemos colocarlo junto a Zorrilla de San Martín, al menos en la intención descriptiva con dirección estética, si bien en el último ésta se hace más evidente. El fruto fue un paisaje traspuesto al plano subjetivo, condición que de por sí tampoco estaba fuera del sentir romántico. Las diferencias en los resultados se comprenden si entendemos qué iba a buscar cada uno de estos poetas al medio natural. Lo escrito ya sobre Sastre nos exime de abundar en su particular posición. En cuanto a Zorrilla sabemos que Tabaré tanto como el medio físico en que se mueve no carecen de convencionalismo en lo humano y de artificiosidad en el paisaje.

Lo *romántico* suele aparecer en Sastre con valor adjetivo que vale por amable, grato, tierno o fruto de ensueño. Habla por ejemplo de “márgenes románticas”, (c. XV, 154) cuando quiere darnos la sensación de un paisaje apacible, pintoresco. Cuando se refiere en una palabra al paisaje del delta que al comenzar el capítulo “*Peces, Tortugas*”, lo retiene morosamente.

Digamos ya que los mejores momentos descriptivos del libro se enlazan al recuerdo íntimo, a lo vivido antes, que vuelve para intensificar el momento actual. Ya hablamos del Paraná como de una constante emocional. El “yo”, la expresión autobiográfica es constante en “El Temple argentino”. Es el ángulo desde el cual se cumplen las observaciones y se experimenta el paisaje. A veces este *yo* se hace “*nosotros*” para suavizar la entonación excesivamente personal, como cuando dice:

“Y a los que hemos nacido en la margen de esos ríos; a los que hemos frecuentado el laberinto de los canales; a los que hemos experimentado desde la infancia el... atractivo de una patria favorecida por la naturaleza...” (XV, 155-6).

Cuando destaca la hospitalidad de los isleños habla de si mismo; de su rancho cuyas puertas,

“están constantemente abiertas, quedando todo abandonado días enteros...” (V, 85).

Esta permanencia del “yo” que nunca molesta sino que sirve para acentuar la calidad subjetiva y personal como de memorias o diario que tiene el libro, es también la de Hudson, la de Michelet y la de Fabre.

“Mas de una vez he tomado de noche al picaflor en su nido, donde estaba empollando sus huevecitos blancos, del tamaño y forma de una habichuela ...y lo he vuelto a colocar en su nidada y ha quedado muy tranquilo...” (VIII, 106).

En este capítulo, el octavo, lo personal asume tonos de ternura cuando nos habla del chajá y del picaflor, aves que ha criado en su casa y se vinculan estrechamente a reminiscencias infantiles.

Los árboles de los que siempre habla y a los cuales dedica un capítulo, han sido sus compañeros de infancia. Su amor no alcanza el tono de veneración supersticiosa que tiene en algunos místicos de la naturaleza, en Hudson o en Thoreau, por ejemplo, pero él también habla de una contemplación enajenada junto a ellos. Este capítulo está colmado de preocupaciones de orden práctico que nos hurtan el acceso al sentimiento que Sastre documenta en las páginas destinadas a los pájaros y a los insectos. La exortación, dirigida al final, pidiendo al árbol que le dé siempre, “fragancia, salud y alegría”, dice bien de que esta actitud.

Ya hemos visto algunas descripciones de pájaros. Hice notar lo preciso de la adjetivación. Hay que agregar que a veces Sastre acerca el ave a nuestros sentimientos calificándolo con palabras familiares, del trato habitual, como cuando llama al “caburé” “fortachón y atrevido” o del ñacurutú que si bien tiene aspecto espantoso “se sujeta a desempeñar en nues-

tras casa el oficio de ratonero, sin desmandarse jamás a echar las uñas sobre la familia de pluma” (X, 119).

Sin abandonar la descripción de su objeto Sastre nos transmite las sensaciones que la exaltación de algunos contactos y vistas le produce. Así escribe:

“No sé qué especie de sensación tan agradable se experimenta al tener uno en la palma de sus manos uno de aquellos hermosos panales esféricos del camuati, rebosando de nitidísima, cristalina miel!” (XVII, 185).

O cuando nos describe el ombú entre signos de admiración y lo califica de “fuerte, invencible, benéfico y hospitalario” (id. 187). O cuando nos habla con tono entre crédulo y burlón de las supersticiones en torno del mamboretá. (C. XVIII).

Descripciones que comparten la calidad enjoyada de ciertos pasajes de Mármol o alguna página de Sarmiento (en Recuerdos de Provincia, en un retrato de familia), hay en Sastre cuando nos habla del :

“vivo colorido de las pedrerías y el esplendor de los metales bruñidos (que) relucen en el cuerpo del éntimo como en las plumas del picaflores... y el éntimo tiene con el picaflores del delta una semejanza de colorido que no deja de ser reparable, pues ambos son de un hermoso verde con reflejos azulados...” (XIX, 204).

Hay en Sastre detenidas descripciones de huevos, que lo atraen por la calidad particular de su color, lo mismo que a Hudson.

Una de estas descripciones es la que hallamos cuando escribe sobre el pirirí o “pirincho”, que a veces confundimos con la urraca. Allí nos dice que:

“los huevos del tamaño de la perdiz, son lindísimos, de un hermoso color celeste, jaspeado con vetas blancas de relieve...” (133, XII).

Nos interesan también las palabras con que completa la descripción del pájaro:

“Su plumaje descolorido, su forma desairada y su carne momia —escribe— los garantizan contra la codicia humana...”

Como si se tratara de una persona nos dice de sus cualidades morales:

“su amistad desinteresada... su gratitud a toda prueba... su amable sensibilidad...” (p. 134).

Abandonamos la descripción minuciosa de pájaros e insectos, para referirnos rápidamente a la visión paisajística, que exige siempre mirar lejos, enmarcando, recomponiendo los elementos naturales y hasta seleccionándolos según el instante de nuestra natural vocación, nos haga predilectos unos elementos con detrimento de otros.

Marcos Sastre ha descrito sin temor, sin dificultades, con soltura y precisa adjetivación, aves, insectos, huevos y flores. Ante el paisaje nos confiesa:

“es inútil que me detenga a describir un espectáculo de belleza y magnificencia tal...”

Pero lo intenta. Como sabemos, los capítulos XXX y XXXI procuran la pintura panorámica del Delta. Sastre supera la insipidez habitual de muchos viajeros y desde luego a Alberdi, a Juan María Gutiérrez o Echeverría, sus antecedenentes generacionales, aunque sin alcanzar muy alto vuelo. La contemplación de la tierra lo conduce alguna vez a la contemplación del orden cósmico. Y hay también —podríamos decir— paisajes estelares, con invocaciones a Dios y la exaltación de su poder y su sabiduría. Pero lo que en realidad salva sus páginas en este aspecto es el sentimiento que sustenta y colorea hasta vitalizarlo intensamente, el paisaje local. Pesa siem-

pre, no obstante, mucha herencia literaria, y la frecuentación de lugares comunes o abstracciones, que nos hurtan esa intención caracterizadora.

En suma, el *Temple Argentino*, concebido con amor científico y pasión vegetal, con afanes prácticos y constante ahincamiento en las flores, los frutos, aves e insectos de un contorno sentido en relieve y en profundida, es libro que cumple con aquel desvelado empeño que el mismo maestro anunciara en la primera lectura del Salón literario. Nuestro homenaje en el centenario nos depara la sorpresa de una madurez literaria a la que pocos —el mejor Echeverría, al fundamental Sarmiento— se acercaron por entonces. Y aún quedan en las páginas de Marcos Sastre, como en el delta, escondidas bellezas que descubrir.

GUILLERMO ARA

Nota bibliográfica: Las citas de páginas corresponden a la edición: *El Temple Argentino o El delta de los ríos Uruguay, Paraná y Plata*, por el Dr. MARCOS SASTRE, Talleres Gráficos del Consejo N. de Educación, Buenos Aires, 1943.

